

Novísima Relación. Narrativa amerispánica actual: estudio, selección y materiales complementarios por Daniel Mesa Gancedo.

(*Letra Última*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2012: 343)

Mara Gavito (Universidad de Jaén)

Esta *Novísima relación* viene a llenar un hueco que posiblemente pocos habían advertido explícitamente –pese a la envergadura de su realidad– y a hacernos conscientes de su importancia. Esto es: la narración de la experiencia transmigráfica hispanoamericana de las últimas décadas y, más concretamente, de los años 0.

Daniel Mesa Gancedo –profesor titular de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Zaragoza– ha asumido la labor de elaborar esta obra de un modo riguroso y completo. Además de una introducción, en la que se explica la forma de recopilación de los textos, y el variado corpus de los mismos, el libro se cierra con unos materiales complementarios útiles para la reflexión y el conocimiento de cuestiones interdisciplinares que nos iluminan desde distintos puntos de vista acerca del fenómeno de la inmigración o de los referentes lingüísticos, aportando además, numerosos *links* para complementar la información ofrecida, así como citas de otros autores transmigráficos que –por uno u otro motivo– no están presentes en el corpus de la obra.

En la introducción el compilador explicita los ejes en torno a los cuales gira la selección de los relatos del volumen: son escritos por escritores hispanoamericanos; relatan sucesos vinculados con la experiencia transmigráfica; los autores no son los más reconocidos en el mercado literario y tienen diferentes edades, procedencias y condiciones. Todos ellos escriben relatos o reflexiones en torno a la experiencia de vivir (de forma permanente o temporal) en la España de la primera década del siglo XXI y nos revelan básicamente *la mirada del otro* por lo que, en consecuencia, colaboran a un nuevo descubrimiento del ser español ya que establecen una «novísima relación» en la que obligan a los españoles a preguntarse «quiénes somos nosotros». Expresado por el mismo Mesa Gancedo: «En pocas palabras: esta es una colección de textos narrativos que giran en torno a la experiencia migrante en España (más o menos larga, más o menos reciente) desde el punto de vista de escritores americanos que usan como lengua el español» (11), lo cual resulta una «reflexión en obra acerca del tema (de la migración)» (12).

La utilización de los neologismos *transmigrañas* y *amerispánicas* revelan la intención novedosa de la compilación. *Transmigrañas* porque implican `transmisión`, `migración`, `grafía`, es decir, `comunicación`, `mudanza`, `escritura` y *amerispánicas* porque, con este neologismo, se pretende invertir la perspectiva desde un nuevo lugar de enunciación: son *relaciones* en las que, a diferencia de las clásicas, se parte de la visión del americano para relatar la realidad española, perspectiva desde la que la expresión **novísima relación** adquiere un nuevo sentido.

La selección de autores y del material tuvo como punto de partida una convocatoria (provocativa) por parte del editor, por medio de redes personales y virtuales, a la que los autores respondieron «generosamente». No constituye una antología porque no existe un corpus previo sobre el cual seleccionar material; por el contrario esta iniciativa puede considerarse el punto de inicio de una temática a desplegar en el futuro y sobre la cual poco se había explorado anteriormente, idea con la que encabezó la reseña: el propósito de empezar a llenar un hueco y a provocar un punto de partida para la escritura de los miles de escritores amerispánicos.

El lugar de la enunciación tiene un puesto relevante: el *desde aquí* unifica diferentes discursos que comparten la ubicación geográfica y la lengua desde la que se enuncia y sobre la que se escribe. De hecho, quizás sea este el tema recurrente por antonomasia de los distintos relatos/reflexiones: la lengua como punto que une y diferencia, aspecto en el que cobra vital actualidad la antigua polémica de la unidad/diversidad del español, del espíritu centrífugo o centrípeta de la lengua, polémica que en la actualidad parece redirigirse hacia la idea de unidad/imperio y diversidad/mercado (Ludmer: 313). O, como dice Joaquín Guerrero Casasola, «Surge la inevitable pregunta. ¿Hay un modo correcto de hablar español? Responder en uno u otro sentido es tomar partido no sólo lingüístico, sino político» (163). El desplazamiento del punto de vista se mueve dentro de la tensión de un desplazamiento físico del sujeto y un desplazamiento simbólico de la lengua. «Y las palabras son peligrosas porque diluyen, transforman la esencia del ser» (164) y también: «El terreno de las palabras es, pues, el lugar simbólico de la lucha donde las culturas dan la batalla. El término cultura dominante no es nuevo, y en esa lucha simbólica hecha de palabras también hay vencedores y vencidos» (165)

Como anticipé, las transmigrañas abarcan, al mismo tiempo, un movimiento que corroe los límites de lo genérico: hay reflexiones autobiográficas que se acercan al ensayo, hay cuentos de base ficcional y otros en los que la autobiografía se mezcla con la ficción, hay crónicas al uso y otras que se regodean en lo humorístico, hay cuadernos de viaje. No obstante, podemos agrupar los textos en tres grandes grupos: uno más emparentado con el cuento o el relato ficcional; otro, con la crónica y, el último, con el ensayo, el que, a su vez, puede discurrir por la reflexión sociológica o la referida a las vivencias personales.

Dentro del primer grupo, el del relato ficcional, podemos ubicar los textos de los argentinos Santiago Ambao, «El viejo» y Marcelo Luján, «La tarde limón»; el del peruano Jorge E. Benavides, «Lejanos»; los de los co-

lombianos Juan Sebastián Cárdenas, «Anticristo» y Antonio Ungar, «Zanahorias voladoras»; el del chileno Rodrigo Díaz Cortés, «Metales rojos» y el del venezolano Juan C. Méndez Gédez, «Una tarde con campanas». Aunque, insisto, los límites genéricos son difusos, y muchas veces el relato de las peripecias de los protagonistas se confunde con el análisis social, económico y hasta político de la realidad española de los «años cero», así como de la situación del inmigrante en esta realidad.

El texto de la chilena Claudia Apablaza, «Canción de amor de la joven loca» puede considerarse una crónica que se dispara, en su devenir, hacia la ficción más oscura. Lo mismo sucede con el relato del venezolano Slavko Zupcic, «Internacional School de Cuenca», en el que lo biográfico y la ficción se confunden, dentro de un tono realista y humorístico. Así, la mayoría de los textos que aquí consideramos como crónicas, pueden tener su pizca de ficción –unos más, otros menos-: los de los peruanos Gabriela Wiener, «Adiós, ovocito, adiós», y el de Doménico Chiappe, «El redactor de memorias»; Sergio Galarza, «El mapache»; Martín Mucha, «Dos crónicas»; el de la mexicana Daniela Tarazona, «Estancias pedregosas»; la argentina Leila Guerriero, «Diario de Alcalá»; los chilenos Rafael Gumucio, «La muela», y Juan Pablo Meneses, «La patria madrastra».

Los textos del *blogger* argentino Hernán Casciari constituyen un excelente modelo de crónica que se mueve entre el costumbrismo, el humor y la reflexión sociológica («España, perdiste»). Su estilo parece retomar las aguafuertes de Roberto Arlt, en la que se mezclan los detalles más nimios y cotidianos con cuestiones de calado más profundo, con una actitud provocativa (sobre todo, hacia los españoles) regodeándose en la figura del típico porteño, para dejarnos al final de cada artículo, alguna fresca reflexión acerca del ser español o del ser argentino.

Más sesudos son los análisis de los tres últimos autores que me reservo, cuyos textos sí son netamente ensayos. Estos son los del escritor uruguayo-aragonés Fernando Aínsa, agrupados bajo el título de «Travesías»; el de la colombiana Consuelo Triviño Anzola, «Escribiendo en otra parte» y el del mexicano Joaquín Guerrero-Casasola, «La inmigración del ser». En estos últimos textos la reflexión se hace explícita y profunda y trata de indagar en las cuestiones ontológicas derivadas de los cambios de contexto, tanto en las consideraciones personales como en las relativas a los usos lingüísticos. La edad hace lo suyo y la madurez no es gratuita: los tres autores son nacidos antes de la década del setenta (en concreto, 1937, 1956, 1962, respectivamente). Junto con «Lejanos» -el relato de Benavides (nacido en 1964)- estos textos muestran a las claras un corte generacional, un antes del posmodernismo: las ideas transmitidas son más contundentes, el humor no es parte fundamental de los textos, y una cierta posición de ruptura explícita con el mundo circundante nos devuelve una mirada crítica, a veces, heridamente crítica de la realidad.

Aun cuando el conjunto de los textos es sumamente dispar, se puede decir que todos están unificados por ciertos rasgos comunes. Como dije antes, la cuestión lingüística es un tema recurrente; por otra parte, una visión de España que ya, a estas alturas de la crisis, puede resultar en

alguna medida como un registro histórico de una «época dorada». Las miradas de todos los autores hacia la sociedad consumista, orgullosa de sí misma, enardecida por la opulencia y el gasto descontrolado de una España que estaba dejando de ser y no lo sabía. Todos estos testigos de la burbuja parecían advertir – con su ironía, su sarcasmo, su incompreensión e, incluso, sus ganas de estar dentro sin estarlo – una realidad de cartón-piedra que, de un momento a otro, iba a caer. Y, provenientes de sociedades más ajenas a estos desmadres, parecían advertir que algo iba mal en el concepto de felicidad enarbolado por la prepotencia del aparente éxito de ese sistema. Además de no entender (esto recién comenzaba) lo que se denominaba «crisis»: una forma de vivir más ajustada que, a la gran mayoría de los latinoamericanos de clase media, les resultó desde siempre lo normal. «Yo pienso en lo que nosotros, en la Argentina, llamamos crisis – esa cosa que te hunde de una vez y para siempre, a vos y a tus hijos y a los hijos de tus hijos – mientras el tipo sigue contando que tiene su casa y su autito y que nunca dejó de tomarse vacaciones en la costa porque vivir no se vive dos veces, y yo pienso que en la Argentina vivir, lo que se dice vivir, a veces ni siquiera una» (GUERRIERO: 176).

Los escritores transmigráficos no solo hacen que los españoles puedan verse con otros ojos. Los escritores transmigráficos, todos, necesariamente, se replantean, desde el nuevo-viejo contexto, quiénes son ellos mismos. Y esta nueva perspectiva otorga, a veces, un sentido más claro a su identidad. Así comienza Fernando Aínsa (el «decano» de los transmígrafos) su ensayo: «Estamos aquí, somos de allá. He aquí una proposición simple para empezar» (57). La diferencia (o las diferencias) constituyen la piedra fundacional de la identidad. Debajo de la inevitable y arcana costumbre de las comparaciones (hechas desde ellos y desde nosotros), residen las peculiaridades, las cuales muchas veces no son lo que son sino, simplemente, lo que los estereotipos deciden que seamos. Y también, la diferencia real: la cicatriz, el desgarró de no pertenecer a «aquí» y, al mismo tiempo, el de haber decidido dejar de pertenecer a «allá». Otro de los asuntos que asoma en los textos: la conflictiva inserción de estos escritores al *canon literario*. Queja recurrente en ellos, porque su escritura no se entronca con la tradición ibérica pero ha perdido – desde el momento del desplazamiento geográfico – una pertenencia al circuito literario de sus propios países. Dice Guerrero-Casasola:

Las plumas se embarcan y queman sus naves. El escritor como inmigrante vive la disolución y recomposición de su consciencia puestas en el papel [...] cuando el escritor se relaja y descubre impostergable la inmigración del ser, se conforma el cerco del inmigrante: la imposibilidad de su retorno.

Nunca se vuelve a casa. Y tampoco se llega. (169)

No obstante, ese acto de refundación de la propia identidad puede asumir, a la vez que un desgarró, un viaje de liberación, el arrojarse hacia una nueva conformación de sí mismo (y de su escritura) sin las ataduras pro-

pías de ningún contexto. Treviño Anzola nos muestra esta doble condición del inmigrante:

El emigrante, el extranjero, es despojado de sus referentes. No puede compartir los recuerdos. La tristeza se apodera de su alma. Sin historia, toma conciencia de ser nadie, del vacío de las miradas de extrañeza, él mismo es un extrañado. Vive en anonimato. Siente lo que significa ser nadie. (270)

Huir del mundo propio, en realidad, es desviarse de un destino “dado”, cambiarlo por otro. Como sugiere Agnes Heller, si aceptamos el lugar que se nos ha señalado al nacer, la estructura fija de todas las elecciones queda instalada y esto nos impide vivir las existencias que habríamos soñado fuera de los límites del solar nativo [...] Salir del hogar, donde el tiempo parece detenerse, es, de alguna manera, ejercer la libertad, imprimirle otro ritmo a nuestra vida. (271)

En el mismo sentido, la escritura, una vez superada la primera encerrona-disyuntiva entre escribir desde «aquí» o desde «allá», se nutre de ambos lados para enriquecerse y volverse más universal. Frente a las inútiles resistencias de quienes temen perder su identidad original, surge la posibilidad de expresarse de un modo más abierto y plural.

Así, como en el eterno relato de Ulises (el relato que subyace a todos los relatos), migrar es iniciar un viaje de obstáculos hacia tierras desconocidas, un viaje que se transforma en la propia vida y, a diferencia del relato homérico, del cual nadie puede asegurarnos el retorno a una Ítaca que nos aguarde intacta.